cionales), que tienen por capitán a Miliukoff. Pedía este imperialista anexiones, y entre ellas la reivindicación de Constantinopla, y hubo de separarse del Gobierno por la enemiga de los revolucionarios a las conquistas territoriales. El imperialismo exterior de los "cadetes" tenía como obligada secuela interior la unidad de los poderes directoriales, el centralismo, la aversión a las tendencias centrífugas de las regiones o naciones que forman el gran Estado ruso. Ahora bien; ante la actitud simpática de la mayoría del Gobierno con el movimiento autonómico, casi separatista, de la Ukrania, los miembros del partido constitucional han tenido que dimitir.

¿Quién tiene razón? Sobre las dificultades interiores con que ya lucha el Gobierno provisional, ¿hubiese afrontado las terribles que implicaría el oponerse con las armas a la actitud levantisca de la Ukrania, imitada por Finlandia, por Lituania y quizás mañana por Georgia y el Cáucaso? Sólo la Ukrania podía dar bastante hilo que torcer a las autoridades políticas y militares de Petrogrado. Es la región más culta, más productora de Rusia. Sin sus materias primas habrían de paralizarse las fábricas que surten de material a los ejércitos. Tiene un idioma propio; mil diarios y revistas propagan su pensamiento; su literatura es tan floreciente que los ukranios diputan a Kolsinbinski por el igual de Gorki y Turquenieff, y a Chevchenko por el par de Tolstoi. En relación con la Gran Rusia, de anchurosísimas fronteras, la Ukrania es pequeña, y por eso recibe el nombre de Pequeña Rusia; pero relativamente a nuestros Estados occidentales, también es especialísima. "Le Temps" le concede unos 850.000 kilómetros cuadrados, "lo que representa tanto como Francia, la Gran Bretaña e Irlanda reunidas". Pero respondiendo al "Daily Express" en el mes de mayo, "L'Ukranie", de Lausana, decía "que su país era cuatro veces mayor que Inglaterra, Escocia e Irlanda juntas". Su población se eleva a 30 o 35 millones de habitantes, animados de un fuerte espíritu de independencia. ¿Debería entrar en lucha armada con este pueblo, ¡y en las presentes circunstancias!, el Gobierno provisional de Rusia?

El movimiento ukranio ha sido rápida chispa de fuego caída en el polvorín finlandés, que varias veces había amenazado con volar desde que estalló la revolución. Y no podía ser de otra manera. Resultaba una paradoja violenta que la noble Finlandia, rica, próspera, tranquila, espejo de pueblos por su buen gobierno, donde las mujeres gozaban de análogos derechos que los hombres, estuviese aherrojada por un Estado brutal, sin otra razón que la fuerza, ni más pretexto que el de constituir por sus libertades un peligroso ejemplo para un Estado dominador. En 1899 el sombrío Pobiedonoszeff, procurador general del Santo Sínodo, y aquel Plehve, de célebre y negra historia, aconsejaron a Nicolás II que rasgase la Constitución finesa y estableciese la dictadura. ¿Se recuerdan las protestas que tal atentado suscitó en el mundo? ¿Los mensajes que en todo él se suscribieron? ¿La Misión de eminentes sabios, juristas y escritores que se transportó a Rusia para pedir al Zar la revocación del *ukase* liberticida? ¿La solicitud de los 500.000 fineses impetrando el restablecimiento de sus derechos? En vez de justicia, hubo fusilamientos a granel; en lugar de la Constitución, se erigieron cien patíbulos en las ciudades de Finlandia. El movimiento revolucionario de 1905 restableció la Carta constitucional; pero apenas aquietado el país, la autonomía volvió a desaparecer (1910).

La revolución de marzo último sacudió profundamente a Finlandia. Hubo huelgas violentas; la tropa se solidarizó con las muchedumbres obreras; la Dieta entró en funciones creando un principio de Gobierno autónomo. El provisional de Petrogrado, entre cuyos miembros predominaban las tendencias federalistas, se mostró dispuesto a sacrificar el centralismo, y al mismo tiempo que proclamaba la independencia de Polonia, prometía a la Ukrania, a Finlandia y a Lituania, que también recibió igual palabra de Alemania.

Los últimos telegramas aseguran que los lituanios han imitado el ejemplo de los fineses y ukranios... El Gobierno provisional había *prometido*, pero dejando la ejecución al arbitrio de la Asamblea Constituyente. Los tres pueblos autónomos han preferido adelantarse para colocar a la Asamblea ante un hecho consumado. Y así queda corroborada una nueva enseñanza de esta guerra: que en los Estados constituidos por naciones diversas la forma de su organización futura propende al federalismo.

M. C. A.

España

Los últimos acontecimientos

Ultimamente se han desarrollado en este país acontecimientos de gran importancia. Los obreros ferroviarios, cansados de sufrir los vejámenes económicos y morales de las Empresas, decidieron, después de un dilatado proceso de preparación, declararse en huelga. Y el gobierno conservador de Dato, al igual que lo hiecieran en otras oportunidades los gobiernos liberales de Canalejas y Romanones, calificó el movimiento de sedicioso e inició una serie de brutales y absurdas represiones. A esta causa, más que a ninguna otra, debemos de atribuir el carácter violento que, según los telegramas, han tenido los sucesos que comentamos.

Los obreros españoles, y muy especialmente los obreros ferroviarios, están cansados de ver que, al amparo de la clásica patraña de la *sedición*, se vienen cometiendo, por parte del poder público, toda clase de arbitrariedades tendientes a neutralizar sus esfuerzos. Es probable que en esta oportunidad hayan querido hacer valer sus derechos y, como derivado de esa tentativa perfectamente lógica, sobreviniera todo lo demás.

Tal es el concepto que nosotros, fundados en antecedentes dignos de todo crédito, tenemos del movimiento huelguista que el gobierno español ha motejado de revolución antidinástica.

—

Advertimos que las líneas antecedentes no tienen ni debe de dársele más que un valor conjetural. El juicio definitivo sobre los sucesos de referencia reservámoslo para cuando, en posesión de informes más amplios, pueda ajustarse estrictamente a la verdad de los hechos.

Mientras tanto, vamos hacer algunas consideraciones sobre un hecho concreto, perfectamente claro: la intervención del ejército, puesto al servicio de las Empresas ferroviarias, para reprimir el movimiento huelguista.

Este hecho, que considerado superficialmente parece no tener interés, reviste, sin embargo, una grandísima importancia: evidencia que, contra aquella teoría compartida por no pocos socialistas, de que el ejército es un factor de *seguridad nacional* puesto frente al peligro eventual de una agresión exterior, levántase la amenaza permanente de que, sirviendo intereses capitalistas que le dan razón de ser, ahogue en sangre—como lo hace constantemente—todo intento serio de reivindicación económica, política o social.

Y no se crea que son solamente los acontecimientos de España los que vienen a demostrar esta verdad. Hay infinidad de hechos, además de estos, que así lo atestiguan. Los sucesos de España son, a lo sumo, una lección más, dada al proletariado socialista y revolucionario, harto confiado y olvidadizo. La historia del moderno movimiento obrero registra en sus páginas la crónica de los más bárbaros, brutales y sanguinarios actos de represión. Desde principios del siglo pasado hasta nuestros días, no hay lucha del proletariado de alguna importancia en que la fuerza armada no haya hecho correr sangre obrera. Y es lógico que así suceda. El parasitismo militarista, fomentado y protegido por el capitalismo, tiene, forzosamente, que defender a éste, ya que, haciéndolo así, defiende su propia existencia.

Sucesos como los acaecidos en España tienen, pues, para nosotros los socialistas, una gran significación. Por el carácter eminentemente de clase que revisten, obligan, fatalmente, a la reflexión. Es en presencia de hechos como éstos, en que vemos qúe el ejército, considerado como instrumento de represión contra el movimiento obrero, es una trágica realidad, cuando apreciamos el gran valor histórico y revolucionario de la propaganda antimilitarista que, con tan buen acierto, han iniciado entre nosotros las juventudes socialistas. No hay duda que esa propaganda, si se realiza con método y con inteligencia, ha de debilitar notablemente el poder ofensivo del ejército contra el proletariado.

A dar impulso a esa propaganda, deben tender, pues, todos nuestros esfuerzos. Si por ello, en algún momento, mereciéramos el calificativo de antipatriotas, no deberá de importarnos: nuestra gran misión histórica estriba, ante todo y por sobre todo, en el principio fundamental de la lucha de clases.

Atendiendo, pues, a este principio, debemos de aprovechar todo aquello que, debilitando el poder de la clase contraria, nos coloque a nosotros en situación ventajosa. Con ello, a más de dar muestras de inteligencia, favorecemos el desenvolvimiento de bienestar y de progreso humano a que tiende el socialismo.

Inglaterra

EL PRIVILEGIO CAPITALISTA

Por creerlo sumamente interesante, insertamos en el presente número el artículo que va a continuación y que pertenece al inteligente periodista español, Salvador Madariaga. Demás está decir que la Redacción de REVISTA SOCIALISTA no comparte en todas sus partes los conceptos que Madariaga expone en su trabajo. Pero ello no importa. Hay en el artículo que reproducimos la evidencia de un hecho sustancial, del cual los socialistas pueden y deben sacar deducciones muy provechosas para reforzar su doctri-